

**INSTITUCIÓN EDUCATIVA JUAN MARÍA CÉSPEDES**  
**LENGUA CASTELLANA**  
**GRADO SEXTO**  
**INFORME DE LECTURA TRES**  
**Tercer período**

**EL TERROR DE SEXTO «B»**  
**YOLANDA REYES**

Hace una semana yo era un tipo común y corriente. Digamos que sin problemas. Porque tener suspensos y el año prácticamente perdido, no son problemas graves. Ahora sí estoy metido en un lío. Y tengo que contárselo a alguien porque ya no puedo cargar más con este casete prendido en la cabeza dándome vueltas día y noche. Primero que todo, me presento. Mis amigos me dicen el terror de Sexto «B». Soy especialista en sabotear clases y en hacer todo tipo de bromas pesadas. Hay quienes dicen que soy un líder negativo, pero eso es porque no me conocen de verdad. En el fondo, soy inofensivo y hasta buena gente. O era, por lo menos. El jueves 7 de octubre, todo cambió. Fue en clase de inglés con el profesor Quiroga, alias Porki. Él no necesita mucha presentación. ¿Vosotros veis dibujos animados? Entonces imaginaos al Porki de los tebeos con anteojos, vestido de paño y treinta años de experiencia.

Así, tal cual, era mi profesor de inglés

Ese jueves, su clase empezó, como de costumbre, con la tortura de pasar a la pizarra. La mirada misteriosa de Porki recorrió mentalmente los treinta nombres de la lista. Empezó con Acevedo, Acuña, Agudelo, Bonilla, Botero, Calderón y no llamó a ninguno. Era como la ruleta. Siguió bajando despacio para aumentar el suspenso. Presentí su paso por la D, la E, la F, la G y la H. Luego lo vi bajar hacia el final de la lista y me sentí salvado. Pero qué va, falsa alarma. Otra vez arrancó en Zuluaga y su lápiz afilado subió derecho hasta llegar a mi nombre. En él quedaron detenidas sus siniestras pupilas.

—Hernández Sergio, pasa a la pizarra con tu tarea.

Con el corazón en una manó y el cuaderno en la otra, me levanté, sabiendo a lo que iba...

Le entregué el cuaderno cerrado para retrasar su furia.

—No te pedí el cuaderno para mirarle el forro —dijo, con un tono de burla—. Lo que quiero es la tarea.

Haciéndome el bobo, abrí el cuaderno en la página de la tarea o, mejor, en la hoja en blanco, porque no había hecho nada. El no tardó ni un segundo en descubrirlo.

— ¿Por qué no has hecho la tarea, jovencito?

—Porqui no entendí, profesor.

Como estaba previsto, todo el curso soltó la carcajada.

—Explicadme el chiste, que no le veo la gracia —dijo Porki, siguiendo también lo que estaba previsto.

—En serio, profesor... Porqui yo no entendí lo de los verbos irregulares.

Hubo otro ataque de risa general y yo estaba feliz en mi papel de payaso. Contraataqué con otro apunte pesado pero Porki no me siguió la cuerda. Estaba en uno de sus peores días y decidió ahorrar tiempo y esfuerzo conmigo. De la misma, me mandó a la dirección.

—Déme otra oportunidad. La última oportunidad, se lo juro.

—Ya no puedo hacer nada más por ti —dijo con voz de víctima.

—Tengo suspensos y el director me advirtió que a la próxima me expulsan —le dije casi arrodillado.

—Ese no es mi problema. Has debido pensarlo antes. Haz él favor de salir inmediatamente y ni una palabra más. O sea que no hubo manera. Cerré la puerta de la clase y me quedé ahí parado, en una encrucijada terrible. No podía ir a la dirección porque eso significaba salir derecho a buscar colegio. Tampoco podía seguir ahí, como un bobo en medio del pasillo, esperando a que algún profesor me pillara fuera de clase.



Entonces, me fijé en la puerta vecina de Sexto «B», que tenía una terrible advertencia:

La amenaza era en serio. Entrar a ese cuarto era arriesgarse a que a uno le cortaran la cabeza, como en el cuento de Barba Azul. Pero, en ese momento, la puerta prohibida fue mi única tabla de salvación. Justo ese día estaba sin llave. Moví el picaporte y misteriosamente se abrió. Ahora que lo pienso, era el destino. En un acto de valentía, entré y me agazapé en un rincón de ese horrible depósito. Yo lo había visto mil veces desde mi clase. Es que Sexto «B» tenía una ventana que comunicaba con ese cuarto. Lo llamábamos el acuario porque, con la nariz pegada al cristal, podíamos ver todos los tesoros empolvados que ahí se guardaban. Pero una cosa era ver el acuario desde la clase y otra muy distinta era formar parte de él. Estar ahí, agazapado en la penumbra, rodeado de todos esos objetos sobrecogedores, me helaba la Sangre.

De entrada, tropecé con un águila disecada y vi una docena de ratones muertos que nadaban entre frascos de formol. Más allá estaba la calavera, compartiendo estantería con un montón de huesos humanos. ¿Qué más queréis que os diga? Para donde mirara, mis ojos se encontraban con algo cada vez peor: había una familia de insectos clavados en un corcho con alfileres; un ratón blanco, prisionero en su jaula; unas láminas de conquistadores que me miraban furibundos desde el más allá; un rollo de mapas de todos los continentes cubiertos con telarañas y, al fondo, cerca de la ventana, el plato fuerte: un esqueleto de tamaño natural.

Ver y decirlo que había allá es una cosa. Respirar ese olor a formol mezclado con moho es otra muy diferente. El aire empezó a faltarme y me sentí mareado. Pensé que ese cuarto no estaba diseñado para que alguien se escondiera ahí dentro. De hecho, los profesores entraban unos segundos, recogían lo que iban a usar en la clase y salían. Claro, además de morir del susto, sabían que no había ventilación. El único ventanal, como ya dije, limitaba con mi clase y estaba herméticamente sellado. Mi reloj marcaba hasta ahora las ocho y treinta, o sea que faltaba todavía media hora de clase. ¿Sobreviviría media hora más? El corazón, que se me iba a salir de la camisa, y las ganas de vomitar, me decían que no. Lo más seguro era que me encontraran allí desmayado o, de pronto, hasta muerto. Listo para usar en la clase de anatomía, como todo ese montón de huesos. Cuando oí esas palabras en la cabeza, creí que ya había empezado a delirar. Pero luego lo pensé mejor y me dije a mí mismo: «Reacciona, imbécil. No es para tanto».

O trataba de distraerme, o de verdad me moría. Me arrastré hacia la ventana que comunicaba con Sexto «B» y esa cercanía me hizo sentir mejor. Desde allá, alcanzaba a oír los murmullos de un mundo conocido. La voz de Porki leía las aventuras de Tom and Manry, los protagonistas del libro de inglés, que eran perfectos y vivían unas situaciones aburridísimas, por capítulos. Parecía extraño, pero ese par de imbéciles lograron devolverme un poco de calma. Los minutos empezaron a caminar normalmente y, en medio del peligro, traté de pensar con cabeza fría: la situación estaba controlada. Ningún profesor iba a entrar al depósito porque todos estaban ocupados. Estar en un lugar tan espeluznante, tenebroso y prohibido, era un privilegio. Tenía que aprovecharlo y salir a contarles el cuento a mis amigos. Es más, ya sabiendo que a veces el depósito se quedaba sin llave, iba a organizar una expedición secreta, sólo para los más arriesgados. Yo podía ser el guía.

Me sentí orgulloso de oírme con esos nuevos pensamientos. Había vuelto a ser el mismísimo Terror de Sexto «B», como siempre. EL olor fétido había dejado de molestarme y, viéndolo bien, todos los bichos, menos el ratón blanco, estaban disecados. Volví a mirar los tesoros, ya sin tanto miedo y, de repente, mis ojos se fijaron en un detalle fascinante: el esqueleto humano tenía un montón de cuerdas de nylon, casi invisibles. Colgaban de los huesos de las manos, de los pies y de la cabeza como si en lugar de material didáctico, fuera una marioneta macabra, puesta ahí para asustar a alguien. Era insólito. Al mover los hilos, el esqueleto podía levantar sus manos huesudas, chocar las rodillas, o temblar de miedo. El sistema funcionaba como si fuera el invento de un genio malvado.

Era tan divertido el juego, que el poco miedo que me quedaba se me fue quitando. Desde el otro lado de la ventana, Porki seguía con su insoportable lectura. Me alegré de no estar en clase y pensé que Sexto «8» era a veces más asfixiante que el olor a formol. EL esqueleto me apoyó diciendo que sí con un movimiento de calavera. Entonces se me ocurrió una idea descabellada: decidí que mi marioneta y yo íbamos a participar en clase de inglés, para darle una buena lección al profesor Quiroga.

Con mucho cuidado, senté al esqueleto en un pupitre oxidado que había frente a la ventana de Sexto «B». Esa fue la parte fácil. Lo hice con movimientos muy lentos, mientras el profesor seguía con las gafas metidas entre el libro de inglés. Después me escondí detrás del marco de la ventana, agarrando bien las cuerdas de nylon que movían los huesos del brazo derecho. Todo salió perfecto. El esqueleto quedó sentado, del otro lado del cristal, mirando al profesor sin perder un solo detalle de la clase. Era el alumno ideal. Me moría por ver la cara de Porki, pero no me atreví a asomarme. Cualquier descuido podía ser fatal. Había que tener paciencia... Y la tuve, hasta que por fin se terminó la dichosa lectura. El momento de la función había llegado y me preparé como un verdadero titiritero.

— ¿Quién no entendió algo? —preguntó Porki. Moví hacia arriba las cuerdas de nylon y el esqueleto levantó lentamente su mano derecha.

Sólo oí un silencio aterrador y luego un barullo general. Algo había sucedido y quise mirar la escena, pero me quedé inmóvil en mi escondite. Después de unos instantes, volvió a oírse la voz de Quiroga, un poco extraña, como cavernosa. Eso confirmaba que la escena lo había impactado.

—Any questions?

De nuevo moví las cuerdas. El esqueleto volvió a levantar su mano huesuda, como si quisiera preguntar algo.

Esta vez no aguanté la curiosidad. Me asomé para mirar a Porki y lo vi lívido y con los ojos aterrorizados. Pero, al cabo de un tiempo pareció recuperarse y pronuncio sus palabras preferidas:

—Open your notebook, please. The homework for tomorrow is.

Estaba a punto de dictar la tarea cuando volví a concentrarme en mi actuación. Era el momento culminante del espectáculo. Moví las cuerdas de una manera tan perfecta, que el esqueleto volvió a levantar la mano, girándola de un lado a otro para decir adiós. Fue un movimiento muy coordinado y yo ya me estaba sintiendo orgulloso de mi talento para manejar marionetas, cuando oí del otro lado señales de alarma. Todo el curso murmuraba y se sentía una atmósfera de preocupación.

—¿Se siente mal profesor? —oí preguntar a Rodríguez.

—No —dijo Porki, con un hilo de voz—. Les dejo estos minutos libres.

—Y de tarea, ¿qué hay que hacer?

—dijo el sapo del Botero.

—No homework for tomorrow. Time is over —fueron las últimas palabras que le alcancé a oír.

Hasta mi escondite llegaron los gritos de alegría. A nadie en Sexto «B» le preocupó el extraño comportamiento del profesor Porki. Sólo el esqueleto y yo lo sentimos pasar por nuestra puerta, arrastrando sus zapatos viejos.

Cuando los pasos se perdieron, me atreví a salir del depósito y aproveché el desorden general para colarme en la clase como si nada. Adentro había una fiesta completa, con guerra de tiza incluida, para celebrar semejante acontecimiento. Era la primera vez en la historia del colegio que el profesor Porki regalaba tiempo de su clase y no dejaba tarea.

Mis amigos me lo contaron maravillados y yo casi ni los oí. No me atreví a comentar mi última hazaña con nadie. Tenía clavada la mirada aterrorizada de Porki y su voz temblorosa cuando vio que el esqueleto le decía adiós con la mano. Disimuladamente traté de preguntar por él en otras clases y me dijeron que no habían tenido clase de inglés, porque el profesor estaba «indispuesto». Desde ese momento, empecé a sospechar que se me había ido la mano. Durante el resto del día casi no abrí la boca ni me hice el chistoso en ninguna clase. Por la noche tuve pesadillas y me desperté temblando de fiebre. Mi mamá me dijo que debía ser un virus y que mejor me quedara en casa. Yo, por primera vez en mi vida de colegio, me levanté enfermo y fui el primero en llegar a clase. Necesitaba ver a Porki sentado en el escritorio, con su libreta abierta, como cualquier día. Es más: necesitaba ganarme otro cero en la pizarra. Con eso me quedaría tranquilo.

Pero no fue así. Pasó el viernes y volvió el lunes y Porki no fue al colegio. En la mañana del martes el director nos hizo formar en el patio, desde Infantil hasta Sexto. Tenía una cara larguísima y yo presentí lo que iba a decirnos:

—Os reuní hoy a todos, para daros una noticia muy triste. El profesor Quiroga está en el hospital. El caso es grave. A menos que suceda un milagro... —dijo, con un tono terrible, de sesión solemne. Y siguió diciendo un montón de palabras que yo ya no oí. Desde entonces sólo espero que suceda un milagro y que Porki entre por esta puerta de Sexto «B», como si nada.

Dicen los chismes que él ya no vuelve y que el próximo lunes llega una nueva profesora a reemplazarlo. He oído también que estaba muy enfermo desde hacía tiempo, pero que no había querido decírselo a nadie, para que no le tuvieran lástima ni le pusieran condecoraciones. Supongo que la gente dice esas cosas simplemente por opinar y porque todavía nadie sabe qué fue lo que realmente sucedió. Vosotros, que llegáis al final de esta historia, sois los primeros en saberlo.

Si por casualidad sabéis dónde está Porki, contádselo todo. Decidle que era sólo una broma pesada.

Que no es para tanto... Que no me haga esto.

## ACTIVIDAD

1. Nivel de la fábula.

Contamos todo el cuento, paso a paso, a través de imágenes.

2. Hacemos un comentario crítico y personal del mismo.

3. Realizamos una sopa de letras que contenga las siguientes palabras:

Porki	calavera	nylon	noticia	enfermo	colegio	profesor
inglés	chismes	hospital	lástima	milagro	escritorio	didáctica